

UNIVERSIDAD DE MONTREY
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 ALFONSO REYES
 1570, 1625 MONTREY, MEXICO

IV

Las devociones de la cuaresma arrojaron su velo ordinario de fastidio sobre San Petersburgo y especialmente sobre la corte imperial. No se jugaba con las prescripciones de la iglesia en aquel tiempo; la cuaresma comprendía sus siete semanas de abstención completa de todos los placeres. No más bailes; reuniones severas, donde los trages descotados, por otra parte, eran de rigor para consolar sin duda á las que no bailaban; no

más teatros, ni el más pequeño; sólo algunos conciertos; pero estos no son una compensación para quienes no les gusta y tienen afición marcada por los bailes, dos inclinaciones que van casi siempre juntas. Se aburría, pues, la gente, en la corte imperial más que en otra parte, pero se aburría dignamente, noblemente.

Las noches de servicio no eran siempre divertidas, los guardias jóvenes pretendían que los días en que la señorita Bakhof estaba "de turno" había menos diversiones que de ordinario. La gente joven la detestaba, á decir verdad; en lugar de reírse y bromearse como sus compañeras, de hacer pequeñas coqueterías infantiles, que no conducían á nada malo, pero que distraía á los espectadores, dicha señorita escuchaba en silencio, con un aspecto que no denotaba ni desden ni fastidio, pero acaso un poco de compasión muy cortés, por lo que la detestaban más que si les lanzara alguna acerba crítica.

A veces, algun gran duque pasaba á esta vasta sala, especie de antecámara de las habitaciones de la Emperatriz, donde la servidumbre esperaba órdenes que no llegaban casi nunca. Segun su edad, lanzaba una mi-

30291
 GLEOPATRA, —4
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 MONTREY, MEXICO

rada ó hablaba un instante con algún favorito; luego este astro desaparecía, dejando á su espalda una estela de ceios mudos ó habladurías, según lo que habia dicho. Se reanudaban de nuevo las conversaciones, con una libertad que hubiera despertado envidia en otra corte. En suma, este servicio fácil y dulce que trata sucesivamente á los jóvenes más distinguidos del imperio á presencia de sus soberanos, era para los hombres una escuela de diplomacia más importante que le parecía á primera vista.

En cuaresma era menester ser discreto, no reír demasiado alto; en su consecuencia se ahogaban las risas. Sólo los pajes de cámara, que tenían ménos de dieciocho años, contenían á veces con gran trabajo su juvenil hilaridad, cuando pasaba algún personaje importante, de aspecto ridículo. Y sabe Dios que para no ser ridículo á sus ojos, era necesario ser irreprochable.

Un miércoles por la noche, día de ayuno para la Iglesia, de vigilia estricta y anti-higiénica para la Rusia entera, la juventud presente en palacio, así señoritas de honor como guardias y pajes, habian comido muy medianamente. Es sabido que las cocinas de

los príncipes no son las mejores; pero en esta circunstancia, el cocinero ortodoxo parecia haber tratado de mostrarse más ortodoxo que el Santo Sínodo, porque los convidados habian salido de la mesa casi con hambre.

Hay que confesar que eso era exclusivamente culpa suya. La iglesia rusa, proscribiendo de la mesa, como cosa de carne, la manteca, la leche y los huevos, todo pescado, por muy apetitoso que sea, no gana nada si se le frie con aceite, no aceite de oliva, muy raro en Rusia en esta época, sino un aceite cualquiera, al cual los procedimientos imperfectos no habian quitado nada de su gusto primitivo, de cañamo por ejemplo. Además, el miércoles y viénes los mismos pescados están igualmente prohibidos á los buenos cristianos ortodoxos.

Hacer una comida sin carne, sin caza, sin pescado. . . . puede hacerse sin duda; pero hacerla excelente, ó á lo ménos aceptable, eso es ya más difícil y por esta razon la antecámara no estaba contenta.

Algunos de los que pasaron promovieron cuchufletas; luego la maledicencia, quedándose ociosa por falta de alimento, comenzaron á aburrirse grandemente, cuando acertó á

pasar un grave personaje de aspecto extraño, desconocido de aquella generación de novicios.

—¿Quién es ese? dijo un paje.

—*Il signor Pulcinella*, respondió Kamoutzine acercándose.

—¿Qué nombre tiene? preguntó una señorita sentimental, que se peinaba con rizos á la inglesa y que se pagaba de conocer á todo el mundo.

—Es el general, conde Neoutof: altura cuatro pies y medio; anchura como un tonel, setenta y un años de edad; siete campañas cinco heridas, el cordón de San Andrés, cien mil rublos de renta y un humor de perro. Salúdenle, señoritas, es célibe; es un hombre casadero.

—¡Oh! casadero.

Una risa ahogada circuló entre los jóvenes oficiales, la que se comunicó á algunas señoritas. Estos, severamente reprendidos por la dama de servicio, se sonrojaron, fingieron no haber reído, pero rieron entonces con más fuerza.

—No hay para qué burlarse, repuso Kamoutzine con su aire grave. ¿Está casado, sí ó no?

Las risas comenzaron de nuevo entre los hombres, pero esta vez se abstuvieron las señoritas. Miraban con aspecto distraído ya sus joyas, ya los pliegues de sus vestidos.

—No está casado, luego es célibe, luego es casadero. ¡Ah! señorita Cleopatra, lo he comprendido todo; ese es mi rival; ese es quien le impide que acepte mis humildes homenajes.

Kamoutzine, para mantenerse en comunicación fácil y constante con Cleopatra, había imaginado representar el papel de suspirante sin fruto, en el cual ponía á veces un poco de ardor casi real. Con gran sorpresa suya, en vez de contestarle, como de ordinario, con algunas de esas indulgentes bromas que se conceden á un enamorado tan perseverante como maltratado, la jóven frunció imperceptiblemente el entrecejo y guardó silencio.

—¿La he molestado? preguntó el jóven acercándose á ella.

—Hay bromas que encuentro inconvenientes, respondió la señorita Bakhtof.

—¡Bah! el conde ha oído otras burlas. Y además ¿qué puede importarle á nadie que sea tan perfectamente feo, tan completamente ridículo, puesto que por otra parte,

está colmado de honores y de riquezas, y hasta si se quiere, de virtudes?

Cleopatra se sonrojó casi; palideció, lo cual en ella era señal de cólera.

—No es usted prudente, señor Kamoutzine, se hace enemigos por culpa suya, y luego se admira de tenerlos. Deje á ese viejo en paz.

—No deseo otra cosa, respondió él con indiferencia; pero convenga usted en que es muy feo.

—Es valiente, repuso ella en alta voz.

Se habian acercado á ellos solapadamente, por detrás, porque siempre que Kamoutzine la tomaba con alguno, habia seguridad de divertirse. La respuesta de Cleopatra fué oída de muchos.

—¿De quién se habla? preguntaron.

—Del general, conde Neutof, respondió ella con cierta altivez.

El general conde no interesaba á nadie, y ya no se ocuparon más de él.

Kamoutzine trató de averiguar durante uno ó dos dias, qué motivo podia haber tenido Cleopatra para tomar tan vivamente la defensa de aquel viejo, de aquel veterano de provincias, tan poco visto en San Petersbur-

go. Pero no halló ninguna razon plausible. Se preguntó entonces por qué habia venido el general, él que desde hacia muchos años, no habia abandonado sus soberbias posesiones del gobierno de Tver. La respuesta era fácil. El gran duque Boris habia rogado á su antiguo amigo, al compañero de armas de Alejandro I, que viniera á verle. Un poco de política exterior se mezclaba sin duda en este favor señalado, pero la política exterior no interesaba á Kamoutzine. Despues de haber meditado un poco sobre esto, no se ocupó más de ello, concluyendo con este aforismo: Las mujeres no necesitan razones para ejecutar sus actos.

Aún seguía la cuaresma. Una recrudescencia del frío imponía á este tiempo una apariencia retrospectiva de invierno más triste y desoladora. Sólo el teatro Miguel presentaba de tarde en tarde cuadros vivos, especie de compromiso con las conciencias timoratas. Era aquello un espectáculo, pero no una comedia; las personas piadosas se abstentían, las señoras americanas sobre todo; los hombres por el contrario, gustaban mu-

cho de este género de diversión que les permitía admirar á las actrices bonitas, desde un punto de vista distinto que el de la declamación.

Este gusto, por lo demás, no había para qué ocultarlo; el gran duque Boris acababa de tomar súbitamente bajo su protección los cuadros vivos; hasta se dignaba indicar algunos al director de los teatros imperiales, quien mandaba ejecutarlos exactamente; y la verdad obliga á declarar que en ninguna parte jamás se vieron cuadros vivos presentados con tanta perfección artística. Para distraer los ojos durante sesenta segundos, no era raro gastar una semana de ensayos, de cuidados, de trabajo esforzadísimo. Si el resultado obtenido era en realidad poco importante, puesto que bajado el telón nada quedaba de él, la cosa en sí misma era con frecuencia bella y grandiosa, á menos que no fuese elegante y caprichosa.

Desde el momento en que el gran duque Boris los patrocinaba, los cuadros vivos tenían que ser el punto de cita á la moda. La señorita Bakhtof no faltó á ninguno; había seguridad de verla con su tía en un palco á que se habían abonado para estas represen-

taciones, en primera fila, cerca de la escena, á la derecha. Los amigos venían á hacerle visita allí durante los entreactos largos y numerosos, y Kamoutzine era uno de los más asíduos.

Una noche los entreactos se prolongaron más que de costumbre, y el gran duque no parecía sacar de su diversion favorita el placer ordinario; se apoyó en la pared del palco que ocupaba todas las noches; era una ancha y profunda platea de proscenio, precedida de un salon. Con su binóculo en la mano se puso á pasar revista á la sala donde se escalonaban las diversas clases de la sociedad, perfectamente separadas.

Muy cerca de él, los sillones de orquesta, ocupados por hombres de viso; oficiales con uniformes brillantes, ó funcionarios civiles con levita negra por cima, los palcos de primera fila, ó primeros palcos.

Allí, la aristocracia auténtica, sólo majeres, porque una dama perteneciente al gran mundo no podía entonces, bajo ningun pretexto, mostrarse en los sillones de orquesta; en los palcos segundos, los advenedizos, la damas del comercio frances, que se enconstraban allí como en su casa; más arriba un

pueblo de empleados y de peluqueros parisienses. En suma, un público mezclado, pero perfectamente clasificado, que se divertía ó se fastidiaba sin ruido, como conviene á la buena sociedad.

Los gemeses del gran duque bajaron de las alturas adonde fueron dirigidos por la curiosidad, y en este movimiento de descanso se detuvieron en el primer paleo del primer piso, casi enfrente.

—Kamoutzine, dijo á su ayuda de campo, sentado detrás de él á una distancia respetuosa. ¿Quién hay en aquel palco? ¿No es la bella Cleopatra?

—Ella misma, si no lleva á mal su Alteza Imperial.

La mirada del gran duque se dirigió hácia el palco de la corte, vacío y triste, vasto agujero abierto, suntuosamente iluminado, que no tenía casi otro empleo, durante todo el año, que estorbar prodigiosamente á los actores en escena; la Emperatriz no protegía el teatro Miguel.

—¿Por qué esa jóven no había de estar en ese palco. ¿Sería un acto de caridad enviar ahí gratis á esas pobres muchachas, en vez de hacerles pagar su localidad?

Esta reflexión, no estando destinada á recibir respuesta, Kamoutzine se quedó en una actitud digna á par de respetuosa.

—Es muy hermosa esa Cleopatra Bakh-
tof. no me había figurado que con su aspecto de diosa pudiera distraerse con estas diversioneillas que nos dan esta noche.

—Quizás no se distrae, se atrevió á decir Kamoutzine con esa timidez propia del que quiere decir grandes atrevimientos.

—¿Para qué viene entonces? dejó caer de sus labios el gran duque distraído.

Un relámpago mental iluminó la situación á los ojos de Kamoutzine. Comprendió el sentido de las palabras que le habían parecido oscuras otras veces en la boca de Cleopatra; comprendió mil detalles misteriosos que había encontrado infantiles; la defensa del antiguo amigo de Boris, tomada por la señorita de honor en medio de las burlas de los pajes que se divertían, no le pareció ya ilógica. . . .

—¿Por qué viene? repitió el astuto cortesano. Su Alteza Imperial viene también y sin embargo, no siempre se divierte.

Callaron despues de esto, y el telon se alzó poco despues.

El gran duque Boris era, como todos los hombres de su familia, uno de los más hermosos caballeros que puede verse. De alta estatura, el continente digno y firme, paseaba en torno sus ojos azules, cuyo brillo se atenuaba á menudo con un rayo de bondad muy dulce, ó se alegraba con una sonrisa discreta. Esta sonrisa era todo lo que veían los profanos. Pero las raras personas elegidas, que eran aceptadas en su intimidad, sabían que, libre de la máscara oficial, el gran duque Boris era aficionado á la risa y aún hasta las carcajadas.

Como todos los de su raza, se había casado muy jóven, y despues de pocos años de una union muy dichosa, se había quedado viudo sin hijos. Refractario á toda insistencia de nuevo matrimonio, hacía una vida algo particular, diferente en más de un punto de las otras pequeñas cortes de sus hermanos, tios ó primos. En la corte imperial decían que era un tipo original.

De edad de treinta y ocho años se mostraba amable con todas las damas, sin distinguir por lo demás á ninguna. Esta reserva, así como su negativa á casarse, habían provocado muchos comentarios; se decía secre-

tamente que alimentaba una gran pasión hacía una persona desconocida, lo que quizás sería verdad. Habían tratado de averiguar algo, más no se atrevían á indagar mucho, temiendo estrellarse contra alguna cólera ó en alguna venganza temible, y terminaron por no ocuparse ya de ello.

Kamoutzine no entraba en el número de los dos ó tres confidentes indispensables, y en el fondo se cuidaba muy poco de los amores de su imperial protector. Pero el relámpago que le había abierto horizontes nuevos le hizo comprender todo el interés que podía consagrar Cleopatra á los cuadros vivos del teatro Miguel.

— Ahora me explico sus promesas de amistad, dijo entre sí; me necesitará para el logro de sus pequeños proyectos. ¿Pero qué puede querer? ¿Ser una La Valière por aproximación? Sería una combinación lisonjera, pero sin gran porvenir. ¿Una esposa legítima? ¡oh! señorita, no es usted ambiciosa á medias.

Mientras que se perdía en estas reflexiones, el gran duque se levantó para salir. Antes de dejar el palco, lanzó como de costumbre, una última mirada al patio, y una par-

tecilla de esta mirada cayó sobre Cleopatra. Ella se la devolvió tan francamente, que fingir no haberlo visto hubiera sido grosero. Le envió con la cabeza una seña imperceptible, una especie de réplica por decirlo así, y se volvió para evitar el saludo ceremonioso que estaba obligada á devolver la jóven.

— ¡Hola! pensó Kamoutzine; se hace usted saludar, señorita. ¡Vaya!... si es gentil eso, y no al alcance de todo el mundo.

Aunque tenía un palacio en San Petersburgo el gran duque habitaba con preferencia, hasta en invierno, su esplendida residencia de verano, situada en la isla Krestovsky, una de esas islas cubiertas de verdura, que dibujan, en la desembocadura del Neva, un delta magnífico. Una reciente nevada había trasformado el camino en un tapiz liso, sobre el cual los trineos volaban como durante los grandes frios de Enero. El gran duque regresó á su casa en su pequeño carruaje, con dos caballos rápidos, con su cocheró y un solo criado por toda escolta. La noche era clara, el frío bastante vivo para parecer delicioso despues de la atmósfera caldeada del teatro. Su Alteza encendió un cigarro tan pronto como llegó al Neva, pa-

sando sobre la nieve, y se dió el placer de saborearlo sin infringir el reglamento, que prohíbe fumar en las calles, á causa del peligro de incendio de que estaba incesantemente amenazada la ciudad, entonces más de la mitad construida de madera. Era otra de las originalidades del gran duque Boris, la manía de someterse á los reglamentos, como si se hubieran hecho para las Altezas imperiales. Pero jamás le habian podido corregir de esta manía.

Algunos días despues Kamontzine, encontrándose de servicio en la residencia de Krestovsky, su augusto protector le mostró unas armas preciosas que acababa de recibir de Asia, y pasaron juntos algunas horas examinándolas.

Ordename eso sobre una mesa—dijo el gran duque.— Me voy al teatro Miguel. Quiero encontrarlas en orden cuando vuelva.

—Tardaré cinco minutos—replicó prontamente Kamoutzine.—¿Desea su Alteza que le acompañe?

—No, quédate aquí; casi no estaré fuera más de una hora ó dos; te ocuparás en esto durante mi ausencia, y acabaremos la inspeccion cuando vuelva,

Dicho esto, Boris entró en su cuarto para dar un vistazo á su traje.

La resistencia era imposible, y sin embargo, Kamoutzine ardía por ver con sus propios ojos por qué el gran duque iba al teatro Miguel esta noche. Gruñendo aparte por los caprichos de la gente de alto nacimiento, salió diestramente y dió una orden en vez baja á su fiel criado, que estaba de planton en la antecámara.

Cinco minutos despues, reapareció Boris con sus guantes en la mano.

—Hasta luego, dijo en voz amable á su ayuda de campo. Tomaremos juntos el té.

El repique ligero de las campanillas del trineo advirtió á Kamoutzine que su amo habia partido.

Coger su capote de ordenanza, caliente mente forrado de astrakan, y sentarse en un trineo de alquiler tirado de un caballo rápido, siempre dispuesto en los alrededores para las carreras imprevistas, fué para Kamoutzine asunto de un instante. Los trotones del gran duque eran buenos, pero eran dos, y un doble tiro no puede casi obtener la velocidad de un solo caballo bien llevado.

Antes que Su Alteza Imperial hubiera llegado á las últimas casas del arrabal, Kamoutzine estaba ya en el Neva, calculando las distancias de ambos, y diciéndose que tenia por lo ménos dos minutos de delantera.

Era empresa arriesgada, porque el gran duque podía verlo y tomar muy á mal su desobediencia, pero la necesidad de saber, de removerse, de dañar ó de servir, en ocasion, que formaba el carácter de Kamoutzine, unido á sus instintos aventureros, le hacian considerar el asunto como una farsa excelente de la que saldría con fortuna. Entró en la sala, se colocó no léjos de la platea del gran duque, en el mismo lado, y examinó tranquilamente á su aliada.

Allí estaba, y parecia consagrar un vivo interés á lo que le contaba un jóven; la música misma, que tocaba despiadadamente valeses ó polkas entre los cuadros, no podía distraer su atencion; ella sonreía por momentos, y Kamoutzine, que tenia ojos excelentes, veía brillar sus dientes blancos.

Un pequeño rumor hubo entre los espectadores: el gran duque Borisa acababa de en-

trar en su palco. Cuidándose poco de ser visto se sentó en la sombra y miró distraídamente á la sala, esperando que se levantara el telon, que no tardó en alzarse.

Debidamente aplaudido el cuadro, comenzó la música, y todos se pusieron á mirar á su alrededor. La señorita Bakhtof seguia riéndose; los gemelos de su augusto admirador se dirigieron hácia ella, quien aparentó no notarlo.

Aquí hay intríngalis, pensó Kamoutzine; he hecho bien en venir; creo que voy á divertirme. Jamás creeria mi amo que me encuentro aquí. Me créa allá, en coloquio con sus armas. En verdad que era un hermoso trabajo para mí.

Mientras hacia estas reflexiones, alguien le saludó desde léjos. El le respondió con un gesto de pillo que le era peculiar y que todos sus amigos conocian bien. Los gemelos del gran duque se volvieron maquinalmente hácia aquel que habia hecho reír á Razoumof, que era quien habia saludado á Kamoutzine, y ¿quién fué quien apareció ante los anteojos de Su Alteza? Kamoutzine en persona, que debería estar en otra parte, entretenido con las armas asiáticas,

Boris era tan bonachon como es posible serlo cuando se pertenece á una familia reinante; pero esto pasaba los límites de lo permitido. Creyendo haberse engañado, lo miró sin anteojos, para ver mejor, y reconoció perfectamente á su ayudante de campo. No le habían engañado los gemelos.

Un movimiento de cólera sacudió á su Alteza desde la cabeza á los pies. Algo de inexplicable, acaso un gesto asustado de Cleopatra, que lo había adivinado todo, porque todo lo había visto, advirtió á Kamoutzine, quien miró á su señor, y vió que se preparaba á salir.

—¡Me ha visto! ¡estoy perdido!—fué su primera idea.—¡Estoy salvado!—fué la segunda, tan rápida como la primera.

Abriéndose pasó entre la gente que estaba en pié, que un wals de Schubert balanceaba plácidamente en sus asientos, columpiando ligeramente la cabeza, llegó al peristilo reservado á la familia imperial. El criado de Boris esperaba á este, vestido de su pesado manto de reglamento, con pelerina de paño gris ornada de tres bandas de paño rojo. Esta era la sencilla librea que llevaba todo cria-

do de un general, y era la que adoptaban los altos personajes para su servidumbre cuando querian salir sin ser notables.

—¡Por orden superior!—dijo Kamoutzine al criado aturdido, quitándole de los hombros el manto, mientras que le tomaba de la mano su casco—vé á buscar mi peliza, y vuelve á palacio en mi trineo; ¡pronto!

El criado, aún aturdido, salió presuroso en el momento en que el gran duque aparecía.

—¡Mi trineo!—dijo en voz breve.

Kamoutzine, handiéndose el casco hasta los ojos, se precipitó hácia adelante, y treinta segundos despues, el trineo volaba sobre la nieve hácia la residencia de Krestovsky.

El trayecto se recorrió en un tiempo increíblemente corto; una sola dificultad hizo perder algunos instantes: no siendo esperado tan pronto el gran duque, se hallaba cerrada la verja grande. El criado bajó presuroso, llamó al guarda, y tomando la delantera, en vez de subir detrás del trineo, corrió al castillo por un corto camino de peatones, que representaba la cuerda del arco trazado por el camino.

Los caballos, envueltos en una nube de va-

por, se detuvieron delante del ancho pórtico, relampagueantes de finas partículas de nieve; el gran duque bajó rápidamente; saltó las cinco ó seis gradas de mármol, y bajo la luz de las linternas suspendidas en la bóveda, vió á Kamoutzine que, con la cabeza descubierta, en uniforme, esperaba respetuosamente su llegada.

Este encuentro era tan imprevisto; que el gran duque se quedó parado, como clavado de sorpresa.

—¿Eres tú? le dijo candorosamente.
—Yo mismo, Su Alteza Imperial.

Boris entró en el palacio, dejó caer su capa y penetró hasta el fondo de su gabinete de trabajo. Las armas estaban sobre la mesa, tales como las había dejado; el té humeante aguardaba en una bandeja. Se quitó los guantes y en pié, frente á su ayuda de campo:

—Escuche, le dijo, tú has estado en el teatro Miguel al mismo tiempo que yo. Me has desobedecido, y además me has engañado; ¿sabes lo que cuesta jugar conmigo? Te perdonaré, no obstante, porque la superchería es graciosa; pero es menester que me digas cómo has llegado aquí antes que yo.

Kamoutzine había escuchado con la cabeza baja; recobró por insensibles grados su actitud ordinaria mientras hablaba:

—Es muy sencillo. Su Alteza Imperial ha sido detenido un momento en la verja cerrada; eso me ha permitido tomar la delantera.

—¡Me engañas! dijo el gran duque con impaciencia. No venia ningun carruaje detrás de mí por el camino; me he vuelto diez veces para ver....

—Lo sé muy bien, Su Alteza.
—Pero ¿dónde estabas?

—Dentro de la librea de su lacayo, Alteza..... Estaba de pié, á su espalda. Su Alteza mismo me ha traído aquí.

El gran duque no pudo contenerse, y tumbándose en un sillón, se puso á reir con todas sus ganas. Despues de haber reído, tomó un aspecto grave.

—Está bien, dijo, no hablemos más; pero acuérdate que has pasado una vez dos meses en tus tierras por una farsa....

—Jamás Vuestra Alteza tendrá corazon para enviarme allá en invierno....

— ¡Ya lo veremos como vuelvas á las andadas! Te permito que te diviertas con los demas, pero cuando se trata de mí... ¿Qué empeño tenías en ir al teatro Miguel esta noche?

— Kamoutzine tomó un aire de turbacion muy cómica.

— Ese es secreto mio que tendré que confesar, dijo, sea; lo sacrificio. Era por ver el objeto de mi pasion desgraciada.

— ¿Tú sufres una pasion desgraciada, pobre Kamoutzine mio? dijo Boris, que se divertia decididamente más que en el teatro.

— Su Alteza es el único que lo ignora.

— ¿Y se puede saber quién es la dama?

— Nada es posible ocultarle, monseñor: es la bella Cleopatra.

— ¿La señorita Bakhtof?

— Precisamente. Es bella y la adoro desde lejos. No se ocupa de mí.

El gran duque lanzó una mirada amistosamente desdeñosa sobre su aynda de campo.

— ¿En quién piensa, pues? preguntó volviendo la cabeza, para llenar una taza de té.

— Eso, monseñor, es el secreto de los dioses.

El tono en que esta frase fué pronunciada dejaba el campo libre á todas las conjeturas.

Boris lo comprendió quizás, porque guardó silencio, y cuando habló, fué de sus armas de Asia.

VI

Charamirof había vuelto con su mujer, y Cleopatra, como habían convenido, se instaló en su casa por algun tiempo.

Fué un difícil tiempo de prueba para ella. Aquel lujo que ella soñaba para sí más magnífico aún formaba un penoso contraste con las necesidades estrechas de su atavío parsimonioso, é Irene tenía un modo de tenerla á distancia, sin manifestarlo, extremadamente penoso para un alma quisquillosa y altiva.

El príncipe era un buen muchacho que no tenía malicia para nada; era un singular espectáculo ver á aquel coloso llevado por el hilo de oro de un cabello de su mujer, y empuñado por causa de ella en más de una aventura delicada.

Irene había nacido para las intrigas.

En la época de Valois, en Francia, hubiera removido toda la corte; los tiempos actuales no le ofrecían un campo de batalla tan brillante, pero ella sabía arreglarse para complicar las cosas más sencillas, á fin de tener el placer de desenredarlas ó de atraer á los demás para embrollarlas más todavía.

Por más que resolvió en su pensamiento las intenciones secretas y los proyectos matrimoniales que podía acariciar su hermana, no pudo adivinarlos á punto fijo. Hay que confesar, por otra parte, para hacer justicia á su perspicacia, que la ambición de Cleopatra era tan extraordinaria que nadie la hubiera adivinado; era menester para presumirla, estar como Kamoutzine enredado en la trama.

Este silencio sobre sus miras, hacia que Cleopatra impacientara á su hermana. A pesar de que Irene era tres años más joven que

ella su rango de mujer casada con el mejor partido de la corte, le daba á sus ojos una gran importancia, que servia para contrabalancear las ventajas de la hermana mayor; así no podía perdonar á la señorita de honor ni su mutismo; ni su aire de superioridad; habiendo sido inútiles sus intrigas, montó en cólera contra la esfinge á que habia ofrecido hospitalidad.

En general, nada hay tan irritante como tener á su lado en la vida ordinaria, ó en especiales relaciones de amistad, una esfinge, por muy amable que sea, que no diga jamás nada de lo que sienta, que no delate en nada el secreto de sus reflexiones, que os trate siempre con la misma afabilidad sonriente y muda.

Es todavía más exasperante ver sufrir á esta esfinge callada siempre, y en el momento en que se le va á ofrecer su ternura y sus consuelos, verla recobrar su aspecto impenetrable y risueño. No hay paciencia ni amistad que se sostenga ante el propósito de poner á la puerta de su vida íntima.

Irene no había sufrido ninguna herida moral; pero su amor propio había sido ofendido cruelmente. Se había figurado que en

cuanto volviera á San Petersburgo, llegaría á ser la confidente de su hermana, en reciprocidad de las confidencias que ella había incesantemente depositado en los ojos complacientes de Cleopatra, durante su noviazgo. Cuando vió que su hermana no le comunicaba ninguna de sus impresiones, sobre cosa alguna, se sintió ofendida.

Una barrera moral, primeramente frágil, se levantó insensiblemente entre las dos hermanas. La señora B. khtof, llamada á provincias por imperiosos deberes de familia, partió, dejando á Cleopatra en casa de su cuñado; su ausencia debía ser corta; pero circunstancias imprevistas la prolongaron, y en breve, casi amenazaron hacerla definitiva.

—Y bien, dijo el príncipe Charamirof, ¿qué puede perjudicar eso á Cleopatra? Vivirá con nosotros hasta que se case.

Irene no hizo ninguna objecion, ántes dió su consentimiento, diciendo sonriente:

—Tendré mucho gusto en ello.

Pero en el fondo de su alma, esperó que Cleopatra tuviese la amabilidad de casarse pronto, á fin de no molestarla mucho tiempo con su enigmática

Habían llegado mientras tanto las Pascuas con su brillante séquito de fiestas de invierno. La princesa Charamirof dió en su casa dos bailes en extremo brillantes, á donde acudió la flor y nata de la nobleza de San Petersburgo. Kamoutzine fué naturalmente invitado á ellos y el general conde Neoutof se encontró tambien entre los habituados de las *soirées* de la linda princesita.

Neoutof era absolutamente parecido al retrato que trazó de él Kamoutzine: *Il signor Pulcinella*, parecía ser su verdadero nombre; sin embargo, tenía tal aire de grandeza que mirándolo de cerca, nadie estaba tentado de reirse de él. No se podía llevar con más dignidad y nobleza un exterior más ridículo.

Pronto advirtieron en el círculo de la princesa, que Neoutof no quitaba la vista del rostro admirable de la bella Cleopatra.

—¿No es verdad, le dijo un día Kamoutzine, que es prodigiosamente bella?

—Tan bella, respondió Neoutof en su voz gutural, tan completa y tan audazmente bella, que querría obtener el permiso de hacerla reproducir en mármol, para tenerla siempre bajo mis ojos.

¿Qué homenaje no debía ser más delicado? Súpolo Cleopatra y bien pronto el general tuvo la alegría de verla sentarse cuando él le hablaba, á fin de no tenerle mucho tiempo derecho en sus pies gotosos. Era humanidad pura por parte de la jóven, pero era tambien la autorización para hablar con ella un rato más largo que lo que permite un simple encuentro en un salon. Neoutof se sorprendió de hallar en ella un espíritu grave, casi sobrado grave, una instruccion extensa y mucho buen sentido. Por lo que había oído entre las camarillas, se había resignado á no verla más que bella; pero ahora la encontraba inteligente y fina.... Fué como un deslumbramiento.

Cleopatra le prodigaba sin cuento los tesoros de su espíritu. Coqueteaba con él con todas sus gracias interiores ocultas á las miradas vulgares. Era tanto más coqueta, cuanto que en su pensamiento, esta confianza pasaba por cima del viejo que le escuchaba para ir al gran duque.

Sabíase que una intimidad estrecha se había anudado entre Boris y el antiguo amigo de su padre; el hombre de treinta y ocho

años gustaba un placer delicado con la compañía del viejo combatiente de 1812, cuyo espíritu vivo y claro, fecundo en observaciones mordaces, caracterizaba, á las personas y á las cosas con una frase del mejor gusto. Cuando los hombres de edad tan avanzada se han conservado sanos de corazón y de espíritu, ofrecen un inapreciable conjunto de cualidades; el general conde de Neoutof, que había sido paje de la gran Catalina, lo sabía todo, y jugábalo todo con una sencillez, fruto, no de su candor, sino de la prudencia más exquisita. Había practicado tanto la diplomacia, que había vuelto á la franqueza, según un axioma célebre. Era para el gran duque Boris la revelación de un mundo nuevo, con el cual, por otra parte, su propio espíritu se encontraba en perfecta simpatía. Age no él mismo á la política, la toleraba por cortesía ó por necesidad de conveniencia, pero en realidad hacía poco caso de ella; el general Neoutof le hubiese casi reconciliado con ella si hubiera querido; pero encontraba más interesante hablar de ella como aficionado con este hombre de razón soberana, nacido más bien para gustar de la vida como un artista, y que no pudiendo realizar á su gus-

to este sueño inconsciente, tomaba todas las cosas como aficionado.

Cleopatra había calculado perfectamente; su nombre fué pronunciado más de una vez en todas sus conversaciones; el gran duque supo con sorpresa que aquella persona tan hermosa era superior cuanto que sentía el más vivo placer en hablar con un hombre viejo y algo anticuado, como el general Neoutof.

—¡Quién lo hubiera creído! dijo el gran duque con una sorpresa mrs profunda de lo que él pensaba.

—Kamoutzine tenía ya alguna idea respondió Neoutof.

—¡Kamoutzine!... En efecto... ya me había dicho algo..... Pero es insensible, según parece.

—Eso se dice, pero no es así; replicó el general brevemente.

Mas de una vez Boris interrogó al veterano sobre su hermosa joven amiga. Poco á poco se complació en picarle, fingiendo dudar del talento y de la belleza de Cleopatra; y mientras que se divertía en este juego, Neoutof se irritaba en extremo.

—Pero, ¡Dios me perdone! exclamó un día el gran duque; usted está enamorado.

El viejo miró al príncipe como hubiera mirado en otro tiempo á su enemigo; sus ojos oscuros brillaron bajo las enmarañadas cerdas de sus cejas blancas.

—¿Enamorado yo, monseñor? Si place á su Alteza Imperial burlarse de los sentimientos de un hombre de mi edad, estoy enamorado efectivamente. Pero teneis otros bufones.... no estoy tan decrépito para que se me pueda ridiculizar tan fácilmente.

—Vamos, dijo Boris, —no te enfades,— abuelo.

Este tuteo en la boca de un Czar ó pariente de Czar era un favor especial; una prueba de amistad soberana; el tono en que acababa de hablarle era en verdad sentido y respetuoso; el viejo conde bajó los ojos.

—He hecho mal, dijo, en tomar por lo serio una inocente broma. Dignaos perdonarme.....

El gran duque puso afectuosamente la mano sobre el hombro que había recibido cinco heridas en servicio de su familia reinante.

—Es Kamoutzine quien me corrompe, dijo riendo. Ese animal se burla de todo, en

tal grado, que yo mismo pierdo á veces la nocion de las conveniencias.

—E- pero que jamás se haya permitido burlarse de la señorita Bakhtof.

—No.... jamás.... Y es hasta sorprendente. Diríase que le tiene miedo.... Por lo demas, se proclama públicamente como enamorado desdeñado.

—¡El! dijo el general con un gesto indecible de desprecio. ¿Se permite acaso?..... Pero decíais hace un momento que no respecta nada.

Se puso, dicho esto, á hablar de otra cosa y la conversación giró sobre asuntos más serios; pero cuando se quedó sólo, el gran duque dio algunos pasos por su gabinete repitiendo.

—¿Quién lo hubiera creído?

Y no se refería ahora á la inteligencia de Cleopatra, sino á la extraña pasión que había brillado en los ojos de Neoutof, y á su altiva respuesta, que no era una negativa...

Kamoutzine y Neoutof.... ¡Qué abismos entre estos dos hombres: el uno en el más alto escalón del valor moral, el otro en el más bajo.... Y ámbos amaban ambos respe-

taban á la singular Cleopatra.... ¿A quién amaba ella?

—Es el secreto de los dioses....—había dicho Kamoutzine.

Un movimiento de cólera tan vivo como una lanzada atravesó el corazón del príncipe. ¿Por qué se permite Kamoutzine hablar de aquella jóven? Una persona tan respetable no debería ni siquiera ser nombrada por semejantes labios.

¡El secreto de los dioses!.... Y de pronto recordó Boris cómo le había mirado ella la última vez que se encontraron. ¿Era posible que amase á alguno, cuando alzaba hácia él aquellos ojos llenos de turbacion y de una dulzura exquisita?....

Comprendió de repente que ya más de una vez, sin darse cuenta, había pensado que quién le amaba ella.

¿Cuántas veces, un príncipe, miembro de una familia reinante, puede jactarse de haber sido amado, cuando llega á la edad de treinta y ocho años? Por poco guapo que sea ¿cuál es la jóven, de las que le rodean, que no haya sentido latir su corazón un tantico por él? Boris no se conmovía por estos accidentes, ordinarios en la vida de los de su

clase; una mirada amable, una sonrisa hacían dichosos á los jóvenes, que no pensaban en otra cosa.

Pero esta vez la aventura se presentaba de otro modo, y el gran duque permaneció un instante pensativo, atormentando un cortapapeles cincelado, compañero de sus meditaciones.

—¡Qué locura! dijo entre sí, arrojando á aquel confidente mudo.—¿Voy á devanarme los sesos, porque una jóven distinguida tiene los ojos benitos?

Pidió un caballo y dió un largo paseo, escoltado por el inevitable Kamoutzine; pero la compañía del notable misticador no produjo sobre él el mismo efecto risuño que de costumbre.